

que vienen a tomar posesión de su nuevo reino, la Tierra. Un vistazo al Infierno nos dará la sarcástica recepción de Satán entre los ángeles malos, los cuales temporalmente convertidos en serpientes le reciben a silbidos y comen golosos una fruta que sabe a ceniza, como paradójica réplica de lo ocurrido en el Paraíso: es una señal divina de que el triunfo de Satán no ha sido rotundo, sino sólo aparente y relativo. En el Cielo, Dios profetiza la victoria final del Hijo y la renovación de toda la naturaleza creada, y ordena a sus ángeles que empiecen a realizar transformaciones en los Cielos y los elementos, estableciendo las estaciones y organizando los cambios atmosféricos. Adán se da cuenta de su caída y percibe a la vez la alteración que se opera en el mundo. Cada vez más apesadumbrado, rehúye el afecto de Eva, que se arroja a sus pies, convertida aquí en una mujer de verdad, y le ofrece su ayuda y su consuelo. El amor y confianza de su mujer apaciguan a Adán, y es aquí cuando con el propósito de evadir la maldición que procedente de ellos va a pesar sobre toda su descendencia, a Eva se le ocurre la peregrina solución de no tener hijos. Adán, con una elevada visión de la vida y de los hechos, rechaza este violento procedimiento, y concibiendo superiores esperanzas, le recuerda la promesa del Hijo de Dios, de que su prole aplastaría a la serpiente. Arrepentidos, y nuevamente unificados, ambos se disponen a acudir al lugar en donde fueron juzgados por el Hijo, a ofrecer sus súplicas, llenas de compunción, y abandonarse a la clemencia y decisión de Dios.

Esta oración de Adán y Eva asciende como un chorro de incienso hasta el trono de Dios, el cual, al serle presentada por el Hijo, la acepta como una sincera muestra de dolor de la arrepentida pareja. Pero envía a Miguel, el arcángel de las milicias celestiales, a arrojarles del Paraíso; mas no sin antes amaestrarles acerca de los acontecimientos del futuro hasta la encarnación, nacimiento y muerte del Hijo de Dios, y de la redención por Cristo de un mundo por su culpa perdido. Esta perspectiva bíblica, resumen histórico del pueblo elegido con sus hundimientos y restauraciones, se la muestra Miguel a Adán desde lo alto de una colina del Paraíso en forma dramatizada primero, y después en estilo narrativo. Adán queda anonadado de lo perversos que van a ser sus hijos; pero se conforta y derrama lágrimas de alegría en los momentos de superación; sobre todo cuando es consciente de que el Hijo de Dios se ha ofrecido—hombre por hombre, carne por carne—para redimir su pecado.

Esta visión cinematográfica y explicativa de los momentos cumbres de la narración bíblica ocupa todo el libro XI y más de la mitad del XII, y cumple una función paralela y contrapuesta al relato de

Rafael: éste explica a Adán el pasado, advirtiéndole sobre el presente y un próximo futuro; Miguel proyecta su relato hacia los tiempos venideros, en los que, a pesar de las turbias perspectivas, se vislumbran implícitas esperanzas, hasta comunicarle el momento de la salvación y de la incorporación final de la Tierra al Cielo. Del mismo modo que, una vez le ha aconsejado, Rafael abandona a Adán y le deja en completa libertad en el libro VIII, así Miguel, después de haber cumplido su mandato informativo y esperanzador, procede a desempeñar la severa parte de su misión: cogidos de la mano, conduce a la pareja hasta las puertas del Edén, y les deja compungidos y a su libre albedrío en la pendiente exterior del Paraíso. Son impresionantes los últimos versos del poema:

*Derramaron unas lágrimas —era natural—, que pronto se secaron;
el Mundo se abría ante ellos, podían escoger
su morada de reposo; la Providencia les guiaba.
Se cogieron de la mano, y con paso incierto y tardo,
a través del Edén emprendieron su solitario camino.*

La llameante espada de Miguel iba agostando la parte del Jardín que al avanzar dejaban a sus espaldas. Y poco después de la salida de Adán y Eva, el Paraíso terrenal quedaba convertido en un desierto. La eficacia de la imagen bíblica utilizada por Milton apenas podía ser más simbólica, emocionante y arrebatadora.

Tengo la seguridad de que los aspectos más salientes de la estructura y de los contenidos argumentales de *El Paraíso perdido* se habrán ido revelando a lo largo de esta exposición. No será superfluo precisar, antes de entrar en la discusión de su significado o significados, y de algunos matices finales, que el poema en su forma definitiva se divide en doce libros —como la *Eneida*, de Virgilio, y *El calendario del pastor*, de Spenser (14)— y consta de 10.565 versos blancos, organizados generalmente sobre la base del pentámetro yámbico. Es un noble verso, ya bien manejado por Marlowe y establecido por Shakespeare, cuyas unidades métricas y cadencias se adaptan bastante a la naturaleza del habla inglesa, y, de un modo convencional, quedan encajadas en la tradición rítmica del lenguaje poético inglés.

El propósito principal del poema, su asunto culminante, es la caída del hombre. Por supuesto, este tema implica el rescate del hombre por Jesús, que es lo que viene a dar trascendencia a la aven-

(14) La gran obra de EDMUND SPENSER: *The Faerie Queene* (La reina hada), que quedó inconclusa, también estaba proyectada para comprender doce libros.

nura humana. Otro de los motivos de Milton es demostrar los misteriosos caminos de Dios entre los hombres. Estos propósitos y argumentos vienen esbozados en la apertura del poema. Y siendo así que el tema central es la narración de la desobediencia de Adán y Eva, lo primero que Milton cree que debe mostrarnos es la sede en donde se halla el adversario del hombre, el forjador del mal, y el formidable valor, capacidad e iniciativas destructoras de tan temible enemigo. Es preciso advertir de antemano que el hecho de considerar a Satán como el héroe del poema es una exageración de Blake (15), y una errónea interpretación de la fantasía romántica. La figura de Satán está muy bien trazada, sobre todo en los momentos en que se asoman, actúan en él las posibilidades de su naturaleza angélica. Recordemos que Satán fue Lucifer, y mucho de arcángel le queda todavía—si bien en signo negativo—una vez se ha alejado de Dios y se ha transformado en caudillo de la oposición contra el hombre, la criatura recién salida de las manos divinas.

Ahora bien, estos doce libros de que consta la obra no suponen doce etapas estrictas en el desarrollo del poema, sino que algunos de ellos enlazan perfectamente con otros formando una cerrada unidad temática. Los primeros libros transcurren en el Infierno, y en ellos Milton nos describe el lugar adonde fueron arrojados los ángeles rebeldes, y los esfuerzos que realizan para vengarse de Dios, orientados por la aguda inteligencia de Satán y su segundo, Belcebú. Los libros I y II describen la topografía del Infierno, las circunstancias de los más importantes de sus líderes, los planes de ataque directos contra Dios o su posición de resistencia y adaptación, y, finalmente, la adopción de la táctica indirecta de la conquista de la Tierra y el ataque y corrupción del hombre. Con la salida de Satán a descubrir el nuevo Mundo y a investigar estos nuevos seres creados por Dios, abandonamos el Infierno como escenario de la acción, para pasar al Cielo, sede de la Divinidad, contrapartida paralela del emplazamiento de los libros primeros.

El libro III supone el segundo movimiento escénico del poema. Después del personal y elevado himno a la luz con el que se inicia dicho libro, que es una magnífica invocación a la Divinidad y un motivo transicional de las mansiones del Infierno y el Caos al reino del orden y de la luminosidad, nos encontramos en el Cielo, junto al trono de Dios, del Hijo y de los ángeles. Desde esta posición, que constituye la culminación panorámica del universo, Dios percibe el Infierno, el Caos y la Tierra, dándose cuenta de los movimientos y

(15) WILLIAM BLAKE: *The Marriage of Heaven and Hell* (El matrimonio del Cielo y el Infierno; alrededor de 1790-93), láminas 5-6. Véase también, aunque por otros motivos, el *Milton*, de BLAKE (1804-8).